

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 326

50 CTS.

15



POR QUÉ
MENTIAN SUS HIJOS

POR

SYBIL MOREL

NÚMERO EXTRAORDINARIO

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**

EDICIONES BISTAGNE

Redacción PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 326

Por qué mentían sus hijos

Adaptación cinematográfica de la obra de
Karin Michaelis

Intérprete principal:

SYBIL MOREL



**EXCLUSIVA DE
Importaciones Cinematográficas, S. A.**

Aragón, 252 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
NEIL HAMILTON

Por qué mentían sus hijos

Argumento de la película

En Kjeterminde, pintoresco pueblo danés, vivía la señora Lindell, en compañía de una fiel criada, la ingenua Ilda, con la esperanza de volver a contemplar los queridos objetos que la rodeaban...

Porque la señora Lindell hacía varios años que perdiera el don inapreciable de la vista, estando, desde la desgraciada fecha, sumida su vida en las tinieblas, donde sólo la alentaba a vivir el afán y la fe de recobrar la luz de sus ojos para recrearse en la contemplación de los retratos de sus hijos, ausentes todos ellos, y de los que, colectivamente, acababa de recibir una carta con algunos billetes.

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

De sobra sabía la ciega el contenido de la mil veces besada misiva de los que el destino apartara de su lado en busca de fortuna, pero era tanta la alegría que experimentaba su corazón oyendo como Ilda le decía lo que en el papel estaba escrito, que volvió a suplicarle:

—Reléeme la carta, Ilda, que me parece estar soñando y, fíjate, ver, mientras te escucho.

La sirvienta sonrió y releyó una vez más la carta, que decía así:

Querida madre:

Nos hace muy felices el haber logrado alcanzar una desahogada posición, porque esto nos permite proporcionarte una vejez tranquila y libre de cuidados.

Nosotros no carecemos de nada, y queremos que tú vivas cómodamente.

Mi marido es uno de los oculistas de más renombre en Nueva York.

Juan ocupa un alto cargo, como ingeniero en la casa Edison.

Margarita es una de las profesoras de piano mejor pagadas.

A Enrique le vemos muy raramente. Se halla en su explotación agrícola del interior.

A medida que Ilda releía la carta, la ciega acariciaba los retratos de los amados hijos, por el orden que en el papel tenían, colocán-



A Enrique le vemos muy raramente...

dolos al mismo tiempo encima de un mueble, sentada junto al cual se hallaba.

Al llegar a Enrique, y al ir a devolver a su sitio el retrato, éste cayó al suelo, no rompiéndose, afortunadamente; y, supersticiosa, la madre exclamó, en tanto que Ilda lo recogía y

se lo devolvía, ayudándola a colocarlo en su sitio:

—¡Dios quiera que esto no signifique un mal presagio!

Ilda pronunció palabras de aliento, que animaron a la anciana, y terminó la repetida lectura de la carta, cuyo fin era el siguiente:

En cuanto a nuestro pequeño, se está poniendo cada día más hermoso.

Muchos abrazos de todos nosotros.

Tu hija que no te olvida nunca, Adela.

La señora Lindell dió un suspiro, puso la carta sobre su corazón, y bendijo la memoria de sus hijos, que tan noblemente se comportaran siempre con ella.

¡Qué alegría que todos gozaran de excelente posición social!

Lo único que la entristecía un poco era el no poderles tener junto a ella a menudo; pero consolábala la idea de que sus negocios los retenían en Norteamérica, y que algún día, acaso no muy lejano, volverían a su país natal para no separarse nunca más de su lado.

Sin embargo, en Nueva York... las cosas

eran muy distintas de lo que se figuraba la pobre madre.

Flemming, el oculista de más renombre de la ciudad, según Adela, su esposa, no era más que un mediquillo de barrio pobre. No contando con medios, el voluntarioso esposo no logró instalarse con todo el confort moderno que impera en doquiera y que atrae como la luz a la mariposa; y vivía con penas y fatigas de lo que le producían las escasas visitas de gente humilde que acudían a él por no poderse pagar un médico de tanta reputación como alto precio.

Adela, su esposa, criatura abnegada, admirable piloto del hogar, trabajaba de la mañana a la noche en labores de adorno para casas de modas, ganándose así un escaso jornal con el que ayudaba a subvenir a las necesidades domésticas.

Flemming tenía su gabinete médico en la misma casa, en una pieza situada frente al comedor y cocina del hogar, pudiendo comunicarse con su esposa de ventana a ventana, las cuales daban al patio.

¡Cuán lejos estaba la madre de imaginar la penuria en que vivían sus hijos!

¡Cuán ajena a los sacrificios que se imponían para reunir mensualmente el dinero que le enviaban!

Para efectuar el último envío de fondos, Adela tuvo que pedirle algunos dólares a su marido.

—¿Cuánto necesitas? — preguntóle Flemming atendiéndola desde la ventana, suspendiendo un momento la curación de un buen hombre.

—Cuanto tengas. No me llegan para mamá.

—Espera un poco... Ahora cobraré cinco dólares...

Flemming era un esposo modelo y un yerno considerado. Compadecido de su madre política y deseoso de procurar la felicidad de su amada esposa Adela por cuantos medios estuvieran a su alcance, reducía sus gastos personales a su máxima expresión para que a fin de mes quedaran libres para la ciega unos cuantos dólares que, unidos a los que aportaban a tal fin los otros hermanos, formaban la cantidad asignada a la venerada anciana.

Terminada la visita del humilde cliente, Flemming dispuso a cobrar cinco dólares, por las diversas curaciones efectuadas; pero

el buen hombre, vaciándose sus bolsillos, no reunió más de un dólar y medio.

—Esto es todo lo que tengo, señor... Tome lo que quiera.

Tentado estuvo Flemming de no cobrarle nada, pero como su bolsa no era tampoco espléndida, quedóse con el dólar y le dejó el resto. Eso obligaría a Adela a restar del dinero separado para los gastos de la casa, la diferencia que faltaba para completar la mensualidad de su madre.

Porque no podía contar con los otros hermanos, ya que éstos eran tan pobres o más que ella y su marido.

Margarita era, en efecto, una profesora de piano, pero de cafetín y gracias; no porque tocase mal, sino porque no quiso la suerte que encontrara mejor empleo. La infeliz muchacha, que se mantenía casta y pura en un ambiente pernicioso, luchaba en vano por elevarse a más dignos ambientes.

Juan, el ingeniero de la casa Edison, no era más que un vulgar operario forjador, que se ganaba rudamente el pan dándole horas seguidas al yunque, junto al calor asfixiante de los hornos.

En cuanto a Enrique... ¡pobre muchacho!... Es preferible no hablar de él, por ahora...

Adela, Flemming y Margarita y Juan vivían en la misma casa, en la que no había más alegría que la que derramaba, a su manera, el hijito de los dos primeros, un angelito que no llegaba a los cinco años.

¡Ah, si la madre supiera la triste verdad!

**

La señora Lindell entregóse confiadamente al médico del pueblo para que hiciera en ella pruebas para devolverle la vista perdida a consecuencia de grave enfermedad.

Desde hacía algunos días tenía vendados los ojos, y el médico, aquella mañana, esperaba la llegada de un especialista de Copenhague para intentar la operación definitiva que él preparara con verdadera fe, por simpatía a la ciega,

a la que le unía buena amistad desde tiempo inmemorial.

El especialista llegó puntual a la cita, y la operación llevóse a efecto sin dilación.

El doctor de la capital puso a contribución todo su saber, y de los ojos muertos de la ciega brotó la luz.

Los momentos que siguieron a la curación fueron emocionantes. El médico del pueblo y el eminente oculista esperaban ansiosos el despertar de las niñas dormidas, y, conteniendo su alegría, vieron como lentamente la ciega, mirándoles con fijeza, iba copiando sus rostros en sus retinas, aunque de un modo confuso.

¡La ciencia había triunfado!

—¡Al fin podré volver a ver mis hijos! — exclamó la señora Lindell.

—Claro que sí, señora — respondió el especialista, al que el médico del pueblo felicitaba calurosamente—. Pero—prosiguió aquél— ahora conviene ser muy prudente. Deberá usted usar gafas negras durante algún tiempo, y no esforzarse, hasta dentro de varios días, en ver. Sus ojos están muy delicados y conviene que vayan fortaleciéndose poco a poco.

—Haré lo que usted mande, doctor, todo

lo que sea, con tal de poder ver a mis hijos, en fotografía al menos.

—Mi colega la visitará a usted diariamente, y él le indicará cuándo podrá usted tener la dicha de contemplar los retratos de sus hijos. Pero, antes, no lo haga usted; es preciso saber esperar un poco más.

—Sí, sí... esperaré. ¡He esperado tanto, doctor!

En el pueblo se hallaba a la sazón el capitán Moller, antiguo amigo de la familia Lindell.

Se paseaba aquella mañana por el puerto, fumando con fruición, contento de la vida, cuando vió no lejos de él a Jensen, un viejo lobo de mar, almorzando tranquilamente. Se acercó, y rióse francamente al ver la cara que puso el viejo marino ante la osadía que acababa de permitirse con él un perro llovido del cielo.

—¡Grandísimo ladrón! — gruñó Jensen, al comprobar como se le llevaba el almuerzo.

El capitán Moller se le puso delante y le calmó.

—El animalito tenía hambre, Jensen, y reza la máxima divina que darás de comer al...

—A los sinvergüenzas, no; y ese perro me las pagará.

—Ya se encargará él de que no le des alcance; y, por si acaso, otra vez que comas al fresco, vigila más y mejor.

—Ya... ya...

—Y ahora, alégrate, si en verdad me aprecias.

—¿Cómo no? ¿Qué sucede?

—Lee esta carta...

Jensen leyó:

*Compañía de Navegación Reunida
Copenague*

Sr. Capitán Osvaldo Moller:

Nos complacemos en comunicarle que hemos acordado confiarle el mando de nuestro nuevo trasatlántico "Rey Christian X".

Tome las disposiciones necesarias para hacerse a la mar, con rumbo a Nueva York, el próximo día 15.

De V. attos. S. S.

*Compañía de Navegación Reunida
pp. Rudolf Lettinger*

—Te felicito, Moller. Merecido tienes el nombramiento.

—Gracias, Jensen. De modo que ya lo sabes: si quieres algo para Nueva York...

—Dale recuerdos de mi parte...

—Cumpliré el encargo.

El capitán Moller prosiguió su camino, encaminándose a la casa de la señora Lindell, para interesarse por su salud y darle asimismo la grata noticia de su ascenso.

Ilda, que durante la operación a su ama estuvo en la cocina, llorando como una bendita, detuvo al visitante en el recibidor de la casa.

—¿Qué pasa? — inquirió el capitán—, ¿Por qué no se puede ver a la señora?

—Porque la están curando; dos médicos, el de aquí y el de la capital, que dicen es un sábio, están con ella para devolverle, dicen ellos, la vista. ¿Usted cree que mi pobre señora verá?

—¡Quién sabe, Ilda! Confiamos en Dios.

—Ah! Tan buena como es mi ama, Nuestro Señor no puede dejarla ciega toda la vida. El, seguramente, le ha enviado el doctor de la capital, para que la cure.

Hablando así estaban, cuando abrióse la

puerta del salón de la casa y aparecieron ante ellos los dos galenos.

El médico del pueblo estrechó efusivamente las manos de Moller, comunicándole el gran éxito que acababan de alcanzar.

—¡Nuestra buena amiga ha recuperado la vista!

—;Loado sea Dios, y bendita la ciencia!

El médico del lugar presentóle a su colega de Copenhague, y Moller le prodigó, sinceramente contento, sus elogios por el señalado triunfo obtenido.

Luego, despidiéndose del doctor Johansen, el médico del pueblo y el capitán fueron a reunirse con la señora Lindell, junto a la cual se hallaba, llorando, ahora de alegría, la fiel Ilda.

—¡Oh, señora Lindell, qué felicidad! — exclamó Moller, estrechando entre las suyas las manos de la buena mujer.

—Gracias, Osvaldo. ¡Ahora sí que puedo tener confianza en volver a ver a mis hijos! Y a ti no tardaré en verte como antes, porque ya te distingo, pero me canso... Sin embargo, si me esforzara...

—Nada de imprudencias, señora... Recuer-

de las recomendaciones del especialista... — intervino el médico del pueblo.

—No las olvido, no; pero es tanto mi afán de rasgar definitivamente las sombras en que he vivido hasta ahora durante tantos años...

—Ahora ya no es más que cuestión de días, señora Lindell — dijo Moller. Y añadió: Yo he de marcharme el día 15, y confío en que para esa fecha ya estará usted del todo bien.

La señora Lindell enjugóse unas lágrimas que resbalaban sobre sus mejillas, y apartándose de todos fué a arrodillarse ante un Cristo, y rumoreó:

—Gracias, Dios mío, gracias...

**

En Nueva York la vida seguía mostrándose indiferente para los hijos de la señora Lindell.

Aquella noche, extrañado de la ausencia de su hermano político, preguntó Flemming a Adela:

—¿Dónde está Juan?

La esposita repuso, con melancolía:

—Trabaja horas extraordinarias para que podamos mandar este mes el dinero a mamá.

En efecto, el abnegado muchacho se sacrificaba con entereza para llevar, con algún dinero, la tranquilidad al espíritu de su madre adorada, no importándole el que su salud se resintiera de la ruda y larga labor.

Tres obreros descargaban sus pesados martillos en un hierro que reposaba en el yunque. Uno de ellos era Juan. El sudor bañaba la frente de los trabajadores, y de súbito, sin que nadie pudiera preverlo ni evitarlo, Juan recibió un golpe en una muñeca, cayendo al suelo, sin sentido.

Sus compañeros le recogieron y le trasladaron urgentemente al dispensario, donde le fué practicada la primera y dolorosa cura, conduciéndole después a su casa.

En tanto, en Kjeterminde, la señora Lindell, rodeada, en la mesa, de sus amigos Moller y el médico, decía a éste, suplicante:

—Me siento mucho más fuerte... ¿Todavía no puedo ver los retratos y leer la carta de mis hijos?

Ilda hizo ademán de satisfacer su anhelo, pero el médico se lo prohibió, diciendo a la impaciente madre:

—Vamos a probarlo. Ver los retratos, sí; pero leer la carta, de ninguna manera.

Ilda quería ser ella quien entregara los retratos a la señora Lindell, para participar con ella de la alegría de la contemplación de las fotografías; pero, de nuevo, el médico le negó esa dicha, reservándose para él, sin egoísmo, sino a fin de preparar a la gran emoción a su clienta.

En vista de lo cual, y sin comprender la buena intención del médico, Ilda se enojó mucho, tanto, que fué a recluirse en la cocina.

El buen doctor se apoderó de todos los retratos y fué enseñándoselos a la señora Lindell, que creía morirse de júbilo al acariciar, no ya con sus manos, sino con sus ojos, las queridas imágenes, hasta que, sintiéndose repentinamente mareada, tuvo que renunciar a seguir la tan esperada visión.

Moller, contemplando, a su vez, las fotografías, fijóse detenidamente en la de Margarita, y murmuró:

—¡Qué elegante y bonita es!... Pero me parece que ya será demasiado para mí...

La señora Lindell le sonrió maternalmente y repuso:

—Margarita es siempre la misma, Osvaldo. Es cierto que en la actualidad es una señorita que goza de gran prestigio como profesora de piano, en Nueva York, y que gana mucho dinero; pero por dentro, ni aun con los mejores vestidos del mundo, no ha cambiado. La conozco bien para afirmártelo, Osvaldo.

—Mucho me alegraría de que así fuese. Yo también he prosperado...

—Todo te lo mereces, Osvaldo...

—He sido nombrado capitán de la línea de Nueva York.

—Me parece muy bien...

—Salgo para allí el 15, y he estado pensando esos días en algo muy interesante para usted.

—¿En qué, Osvaldo?

—¿Quiere que la lleve conmigo para que vea a sus hijos?

—¡Oh! Pero... el pasaje...

—Yo me encargo de arreglarlo todo con la Compañía.

—Osvaldo, tienes un corazón de oro. Puedo aceptar, ¿verdad, doctor?

—Naturalmente. No pierda usted una ocasión como esta.

—Pues sí, Osvaldo: iré contigo; pero no sé si voy a poder soportar tantas alegrías a la vez.

—Prepárese para el día 15. Y ahora voy a telegrafiar a sus hijos su próxima llegada.

—No... no telegrafíes...

—¿Por qué?

—... Quiero sorprenderles con mi felicidad.

—Como usted quiera.

—Si no estuviera segura de que estoy despierta, todo cuanto me ocurre me parecería un sueño. ¡Ver a mis hijos! ¡Claro que sí! ¡Ahora mismo, si fuese posible!

.....
Juan, llevando un brazo en cabestrillo, se lamentaba de su suerte, mientras Adela se afanaba en la terminación de un bolso adornado con abalorios:

—Sólo me faltaba lisiarme, para no ganar un céntimo para mamá.

Flemming le consoló, alentándole a resignarse a esperar tiempos mejores, toda vez que el desesperarse no les hubiese conducido a nada

más que a hacerse la vida más imposible de lo que ya era en realidad.

Margarita, en el cafetín, se destrozaba los dedos tecleando en el piano infernal del establecimiento también infernal.

Un cliente se le acercó al terminar su trabajo, pensando conquistarla con cuatro halagos, como si fuera una camarera o una mujer fácil cualquiera.

Margarita lo puso a raya con su seriedad un tanto salvaje, y cuando el cliente se apartó de ella, para no seguir perdiendo el tiempo, la digna muchacha hubo de tolerar un sermón del patrono, que la espiara desde el mostrador.

—Toma, tu sueldo, y procura, en adelante, ser un poco más amable con mis parroquianos, ¿oyes?

—Lo tendré en cuenta, señor; pero hay clientes que se dejan la educación en su casa.

—Con un poco de habilidad y, sobre todo, buena voluntad, se logra quedar bien con todo el mundo, ¿comprendes?

—Sí, sí... me hago cargo de su interés...

En la calle, apostado junto a una ventana del establecimiento, un sujeto de mala facha,

llamado Jack, observa los menores movimientos de Margarita.

Esta salió del cafetín, y al disponerse, en la puerta de la calle, a poner el dinero recién cobrado en el monedero, una mano de Jack se apoderó de casi todos los billetes metiéndoselos ávidamente en el bolsillo.

—¡Dame mi dinero! — gimió Margarita.

—Está en sitio seguro; no temas. Y ¿qué?...
¿Qué hay de nuestro asunto?

Aterrada, hundiéndose en el escote, sin que Jack la viese, los dos o tres billetes que éste le respetó por casualidad al robarle los demás, Margarita contestó:

—Es imposible, Jack, no puedo...

El hombre — mal hombre — se encogió de hombros y añadió:

—Bueno... En este caso tampoco puedo yo...
Abur...

—Oh, calla! — exclamó Margarita.

Pero ya Jack, silbando, se alejaba.

Margarita echó a andar lentamente hacia su casa, como llevando a cuestas el peso enorme de una tragedia; y al llegar, dió rienda suelta a su amargura, vertiéndola en copioso y desesperado llanto.

—¿Qué te ocurre, Margarita? — preguntóle Adela, angustiosamente.



—¿Qué te ocurre, Margarita?

—Jack me ha robado otra vez. Mirad... ¡esto es todo lo que me ha dejado!

Y tiró sobre la mesa los dos o tres billetes de un dólar que el miserable le respetara.

Flemming dió un formidable puñetazo a la

mesa y gritó, indignado, colmada su paciencia:
—¡Ese busca que yo le rompa la cabeza!

Y estaba decidido a vengar a su hermana política, a librarla de una vez de él, de su persecución; pero Margarita, conteniéndole a tiempo, le dijo:

—¿Qué vas a hacer?... Si nos tiene en sus manos... Sabe todo lo de Enrique y...

Flemming dominó, a pesar suyo, su cólera, y murmuró:

—¡Pobre Enrique!

Entonces Margarita lloró con mayor desesperación que antes, y mientras Adela la acariciaba, dijo con escalofriante firmeza:

—Si no fuera por nuestra pobre madre... ya habría puesto fin a mi existencia.

—¡Por Dios, Margarita! — exclamó Adela. — ¡Qué tonterías dices!

El "Rey Cristián X" navegaba majestuosamente hacia Nueva York.

El pasaje era numeroso, y distinguido en primera clase, entre el cual se hallaba la señora Lindell, gracias a la desinteresada protección del capitán.

La buena señora era completamente feliz pensando en que pronto abrazaría a sus ama-

dos hijos, y asistía con impaciencia al lento desfile de las horas.

Los pasajeros, enterados de la curación de la ceguera de la simpática compañera de viaje, y de su afán de volver a ver a sus hijos, la trataban con verdadero afecto.

La nota cómica de los pasajeros la daba la señora Kennen de Nueva York. En un tiempo había sido muy bella, y ahora, en plena decadencia, trataba de aparecer siempre joven y atractiva. A juzgar por su modo de vestir y sus alhajas, gozaba de desahogada posición. Y, como las lindas elegantes, "usaba" Perrito falso.

Un pasajero tenía puestos sus ojos en la belleza otoñal, encontrándola muy apetitosa aún.

Se llamaba Fortunato Balle y era agente teatral.

En busca de fortuna, Fortunato llamó con los nudillos a la puerta del camarote de la señora Kennen, para solicitar entrada de favor.

La interesada, extrañada de aquella inesperada llamada, abrió discretamente la puerta y vió inclinársele un rostro regordete y manchado por la negra raya de un bigote corto como un cepillo para los dientes. ¿Qué quería aquel hom-

bre? ¿Por qué no la dejaba en paz de una vez? ¿Con qué derecho se atrevía a molestarla en su propio camarote, dando lugar a



...abrió discretamente la puerta...

que si la gente le viese llamando a la puerta, maliciase algo entre los dos?

—Haga el favor, caballero...

—No sea usted así, por Dios... ¡De tantos años como nos conocemos!

—Yo no le recuerdo a usted de nada.

—No habrá usted olvidado que fuí yo

quien le proporcionó un contrato en el "Lorry" de Copenhague.

—¿Usted?

—Sí... preciosa. Sólo que usted, entonces, estaba... un poquito más delgada. Vea usted.

Y le mostró una fotografía en que ella se reconoció. En efecto, en ella era mucho más joven y mucho más bella, con un cuerpecito, bastante al descubierto, pues iba vestida de bailarina.

—¡Es usted un grosero! — exclamó, rechazándole. — Por quién me toma usted?

—Pero escúcheme... ¿Y esta dedicatoria a mí, a mí, al pie del retrato, firmada de su puño y letra?

—¡Retírese! ¡Retírese! ¡No me comprometa, caballero!

—Vamos, mujer; a mí con esas, no.

—¡Insolente!

Indignada, la señora Kennen echó a andar por el pasillo, buscando al capitán, y al fin se tropezó con él.

—La casualidad lo envía a mí, capitán.

—¿Qué ocurre, señora? ¿En qué puedo servirla?

El señor Balle desapareció a todo correr al ver al capitán.

—Le ruego ponga coto a las impertinencias de ese caballero que acaba de huir como un chiquillo al ver a usted. Está molestándome continuamente.

—La complaceré en seguida, señora.

La señora Kennen sonrió, agradecida, al capitán, que le resultaba altamente simpático; y fué a reunirse con varias amistades en el salón de lectura.

El señor Balle la vió allí, y reincidió en el intento de conquista.

Furiosa, decidida a suprimir a su impertinente adorador, al que “odiaba” por conveniencia, porque ella era una señora seria, la señora Kennen se sentó al piano y atacó con tanto brío como desafinación una romanza interminable.

¡Demonio! El empresario, herido en sus finos oídos, se fué apartando de la codiciada mujer, y lo propio hicieron los demás pasajeros.

En verdad, la señora Kennen irritaba los nervios al más tranquilo mortal, cantando como lo hacía en aquellos momentos.

Lo que buscaba la señora Kennen, era desencantar a su adorador, y, a juzgar por la cara que éste puso, lograba su objeto.

El capitán, que fué de los últimos en sa-



...y atacó con tanto brío como desafinación una romanza interminable.

lir del salón, hizo una seña al señor Balle para que se le acercara, y le dijo:

—Deseo hablar un momento con usted.

—¡Ah! ¿Conmigo, capitán? Con mucho gusto.

Fueron al camarote del capitán.

—¿Quiere usted fumar? — propuso Balle a Moller, para captarse su simpatía y dulcificar los reproches que temía.

—No, gracias... Le he llamado para decirle que la señora Kennen se ha quejado amargamente del comportamiento de usted.

—¿Dama, ha dicho usted? ¡Vaya una dama! ¡Si es una ex artista de café concierto! Véala usted en este retrato. ¡Oh! Bailaba como los ángeles. Yo podría contarle...

—Sea como sea, mientras esa señora se encuentre a bordo, se halla bajo mi protección.

—Bien, bien... — terminó diciendo Balle, compungido, mientras Moller disimulaba su deseo de reirse de todo aquello.

En aquellos momentos la señora Kennen hablaba a solas en el salón de lectura, vacío, con la señora Lindell, a la que había brindado su sincera amistad.

—Mi voz ha hecho huir a todos, señora, menos a usted, que es extraordinariamente buena. Lo he hecho adrede, para deshacerme de un impertinente que no me deja a sol ni a sombra. Me refiero al señor Balle, ¿sa-

be usted? Nadie ha dejado de observar que me mira como un loco. Usted también se habrá dado cuenta de ello, ¿verdad?

—Yo, pobre de mí...

—Pues bien, dice que me conoce de años atrás... como artista de varietés.

—¡Oh!

—¿Qué le parece a usted, señora?

—Debe haberse equivocado...

—No lo crea. El caso es que es verdad... por desgracia.

—¡Ah! ¡Sí?

—Sí, señora Lindell, yo fuí bailarina y culettista. Pero ahora estoy casada... casada de veras, con un joyero riquísimo.

—Dichosa de usted, y la felicito.

—Mi marido me quiere mucho, y yo, figurérese si le querré, puesto que gracias a él soy una gran señora.

—¿Tiene usted hijos?

—Hijos? No, señora... Dios no ha querido dármelos...

—Entonces no puede usted imaginarse cuánto se anhela abrazarles después de una larga ausencia.

La señora Kennen, tan locuela de ordina-

rio, se conmovió al oír a la anciana madre. Aunque jamás le sirvió para nada la cabeza, pues vivió siempre inconscientemente, la ex artista tenía buenos sentimientos; y desde aquel momento su amistad con la señora Lindell alcanzó un grado de afecto casi familiar.

*
**

En Nueva York, Juan, tumbado en un desvencijado diván, aburrido por los días de inactividad a causa de la herida de su brazo, dejaba volar su pensamiento, y dijo a Adela, que cosía no lejos de él:

—¿Cuántos días faltan todavía para que Enrique sea puesto en libertad?

Adela consultó una libreta y contestó:

—Veinticinco.

—Una eternidad! — murmuró Jack.

El "Rey Cristián X" estaba ya al llegar.

El capitán Moller dijo a la señora Lindell, a fin de que sus hijos se preparasen para recibirla dignamente:

—Yo le aconsejaría que telegrafiese a sus hijos, para anticiparles la llegada.

—Tú crees que debo avisarles?

—Me parece prudente, señora.

—Bien; telegrafaremos, pero sin decirles que he recobrado la vista. Quiero reservarles esta sorpresa.

—De acuerdo. El caso es que sepan que usted llega, ¿comprende? De no hacerlo, usted misma se arrepentiría al ver como al descender a tierra, nadie acude a recibirla.

Y se mandó el telegrama en seguida.

*
**

Aquel día Jack hablaba con un compinche, fumando sabrosos habanos.

—Para eso nos es necesaria una chica de

confianza — dijo el amigo de Jack, llamado Bill, en respuesta a una proposición del primero. .

Jack meditó unos segundos, y sentándose casualmente sobre el teclado del piano del cafetín donde prestaba sus servicios Margarita, y que era donde ellos se hallaban en plática, se acordó de la pianista, y dijo, completamente convencido de su complicidad:

—Ya la tenemos, no te preocúpes.

—¿Quién es?

—La pianista de este café. No se negará a obedecerme, porque si se resistiera, le sucedería algo gordo.

—¿Tiene buen aspecto esa muchacha?

—Tiene todo lo que hace falta.

.....
Apenas se desperezaba el sol en el horizonte, Adela estaba en pie para preparar el desayuno de su familia, que, a excepción de Flemming, seguía durmiendo, puesto que Margarita regresaba cansada por la noche, el niño no tenía prisa para nada y Juan, aquellos días, no podía ocuparse en el más insignificante trabajo.

Flemming fregaba él mismo su gabinete médico, ayudando así a su mujer, que bastante trabajo tenía con el resto de la casa.

Llamaron a la puerta y Flemming, al abrir, recibió un telegrama.

Era el anuncio de la llegada de la madre ciega.

—¡Adela, Adela!

La esposa se enteró del parte, y, emocionada, corrió a comunicar en seguida la nueva a sus hermanos.

—Juan, nuestra madre va a llegar... Margarita, mamá llega mañana.

Juan y Margarita se levantaron y, reuniéndose en el comedor con Adela y Flemming, leyeron ávidamente el telegrama.

—Es verdad. Dice que viene. ¡Oh! Que por nada en el mundo conozca nuestra triste situación — dijo Juan, desconsoladamente.

Y Flemming:

—Es preciso mantenerla en la creencia de nuestra fingida riqueza. De lo contrario, imagínaos su terrible desengaño.

Margarita leyó el telegrama, que decía:

"Hace ocho días que salí en el "Rey Cristián X" con rumbo a Nueva York. Llegaré mañana. Abrazos de vuestra madre".

Y comentó, con pesar:



—Ahora casi se puede afirmar que el ser ciega es una suerte para la pobre.

—Ahora casi se puede afirmar que el ser ciega es una suerte para la pobre.

Flemming, después de unos momentos de reflexión, dijo:

—Pero ¿con qué medios representaremos la comedia de ser ricos?

Era verdad. ¿Con qué medios?

Margarita no vaciló en responder, sacrificándose:

—¡Venderemos el piano!

Pero añadió, aterrada:

—¿Y... Enrique?

Todos se miraron con estupor. ¿Cómo lograrían justificar ante su madre la ausencia de Enrique? Meditarían sobre ello, pues a todo recurrirían antes que revelar la triste verdad a la ciega.

Juan y Flemming fueron a recibir a la madre a la llegada del vapor.

La simpática viajera fué objeto de cordial despedida por parte de sus amistades de a bordo, y la señora Kennen le suplicó que fuera a visitarla a menudo a su palacio.

Moller acompañó hasta tierra a la señora Lindell, y ésta, para corresponder a todas sus atenciones, le dijo cariñosamente:

—Mientras permanezcas en Nueva York

puedes alojarte en casa de mis hijos. Están instalados magníficamente.

—Con mucho gusto, señora.

Juan acababa de descubrir entre los pasajeros a su madre, que cubría sus ojos con gafas negras; y tiraba del centro de la americana de Flemming, por la parte de la espalda, exaltado por la emoción.

Flemming, en vista de los tirones que le daba su hermano político, protestó:

—Bueno, hombre... pero deja en paz mi americana. ¡No tengo otra!

Pero Juan continuó expresando su emoción nerviosa tirando de la citada prenda, y finalmente ésta se desgarró, como si las espaldas de Flemming fuesen más anchas que la ropa que las encuadraba.

La madre, acercándose a sus hijos acompañada de Moller, los veía perfectamente, pero disimulaba, para que la creyesen ciega como antes.

Juan, apenas la vió en el muelle, corrió, con Flemming, a abrazarla, y se desarrolló, al juntarse los tres en efusivos abrazos, una conmovedora escena.

¡Qué desencanto sufrió la pobre madre!

¡Qué pobreza veía en Juan y Flemming! Además, a éste le vió la americana rota y creyó que la llevaba así porque se le rompía cada dos por tres, por estrecha y a falta de otra.

La herida en el brazo de Juan la llenó también de amargura. ¡Y aquellos eran los hijos ricos!

Ellos, creyendo que ella no les veía, estaban completamente tranquilos y firmemente decididos a representar la farsa de su apócrifa riqueza, para alegrar a la amada mujer.

Moller, aprovechando un momento, murmuró a la señora Lindell:

—Creo que será mejor que me quede alojado a bordo.

La madre, conteniendo su intensa pena, le estrechó la mano, dándole su conformidad a su resolución. ¡Oh, ¡pobres hijos! Pero ¿por qué la habían mentido? ¡Ah! Bien lo comprendía, y su corazón se llenaba de una tristeza infinita.

Juan y Flemming tomaron un taxi, y para justificar el alquiler, dijeron a la ma-

dre que el "auto" de propiedad lo tenían en reparación.

En tanto, en el hogar de los hijos de la ciega que veía, las dos hermanas lo preparaban todo para darle al piso un aspecto agradable, aunque su madre no tuviera que verlo, pero por si tocaba los muebles y los adornos. Margarita había comprado un precioso kimono de seda para su madre, y al extrañarse Adela de ello, le dijo que esa prenda no valía casi nada, porque estaba manchada, defecto que la ciega no vería, creyendo, al roce de la seda, que costaba un dineral.

La aparición de la madre en la casa fué verdaderamente emocionante. Ella veía a sus dos hijas y al niño de Adela, y no podía, para no descubrir que veía, arrojarse a sus brazos, cubriéndolos de besos tanto tiempo anhelados.

La misma alegría de volver a ver a su madre paralizó unos instantes a las dos hijas, y cuando reaccionaron se unieron a ella sollozando.

Y las lágrimas brotaron de todos los

ojos, confundiéndose las de las tres mujeres.

Luego la abuela, ahogando su infinita



La mesa estaba preparada. Había buena comida.

aflicción, estrechó contra su pecho al niñito.

La mesa estaba preparada. Había buena comida. La venta del piano les proporcionó algún dinero y con él mejorarían en lo

posible el yantar. Un pollo fué uno de los platos. Indudablemente, en su afán de que la pobre señora creyese que eran muy ricos, exageraban la nota.

La pobre madre sufría en silencio, viéndolo todo y fingiendo no ver nada.

Para justificar por qué Margarita y Adela servían la mesa, la segunda dijo:

—Estamos sin criadas... Anteayer las despedimos a todas porque se insubordinaron...

La ausencia de Enrique intrigaba a la madre. ¿Por qué no estaba allí? ¿No habían tenido tiempo de avisarle su llegada?

No pudiendo callar por más tiempo su ansiedad, preguntó:

—Y Enrique... ¿dónde está Enrique?

¿Qué iban a contestarle sus hijos?

Margarita apoderóse del telegrama recibido de su madre, y contestó:

—Acabamos de recibir este telegrama tuyo... Es en contestación al que le pusimos al saber que tú llegabas. Dice así: "Deseo feliz llegada mamá. Asunto importantísimo impídeme ir de momento. Abrazos de mi parte. Enrique."

La señora Lindell resignóse a esperar, pues no se dió cuenta de que Margarita no leyó su telegrama, sino que inventó en



La pobre madre sufría en silencio.

aquel momento el texto que le pareció oportuno; pero no estaba tranquila. Le extrañaba sobremanera que Enrique, a pesar de sus asuntos, no hubiese acudido a recibirla, después de tanto tiempo de no haberla visto.

Poco después de la comida, llamó un muchacho a la puerta del piso. Flemming fué a abrir.

—¿Vive aquí un tal Juan Lindell? — preguntó, mascando goma sin cesar y mirando a todos con frescura.

Flemming, por si el muchacho conocía a Juan, dijo, tomándole el papel que le ofrecía:

—¡Ah!... ¿Es de parte de la casa Edison?

—De parte de quién? — dijo el muchacho.

—Sí, ya sabemos... Está conforme...

Flemming empujó al muchacho, para que desapareciera, pues podía cometer una torpeza, y leyó rápidamente el contenido del papel, que era el siguiente:

“Preséntese usted inmediatamente. Se le reserva una plaza de sereno en los almacenes de petróleo de Downing Street, 29. R. S. Johnson.”

Para disimular, Flemming dijo en voz alta a su cuñado, alargándole el citado papel:

—Tendrás que trabajar otra vez toda la noche con Edison, Juan.

La madre iba sospechando la comedia

que representaban sus hijos, pero no conocía toda la verdad.

Margarita, que también debía ausentarse del hogar por la noche, pretextó no poder sustraerse a asistir a una reunión en casa de una discípula suya; y al sacar el traje que llevaba en el cafetín, dijo a su hermana, como si tuviera un par de docenas al menos:

—¿Qué vestido de “soirée” me pondré hoy?

—El plateado te sienta muy bien — replicó Adela.

Y la madre, viendo cómo mentían sus hijos, pasaba por una amargura inenarrable.

Cuando Margarita se disponía a marcharse llegó a la casa el capitán Moller, para pasar unas horas con la familia Lindell.

Margarita, al verle, ocultóse en un cuarto, en tanto que la madre, acercándose al capitán, le suplicaba:

—Calla, por más que veas... Mis hijos me creen ciega todavía.

Moller estaba asombrado ante la miseria de sus amigos. ¿Dónde estaban las rique-

zas cantadas por ellos en sus cartas a la madre?



Moller estaba asombrado ante la miseria de sus amigos.

Margarita, obligada a salir de su escondite, alentada por su hermana, pues no podía llegar con retraso a su obligación, tu-

vo que cruzar forzosamente el comedor, donde se hallaba el capitán.

Después de breve saludo, ella le dijo, rehuyéndole:

—Señor Moller, dispóngase usted... Debo ir a una reunión.

El capitán la miró con sorpresa. ¿Iba a una reunión con un abrigo de baratillo y viejo por añadidura?

Margarita comprendió el significado de las miradas de su antiguo pretendiente, y prosiguió, llorosa:

—No le diga nada a nuestra madre de esta miseria que usted ve... De no haber simulado que éramos ricos, nunca hubiera aceptado nuestra ayuda.

Moller prometió callar, y despidió cariñosamente a la infeliz amada, en cuyo cuerpo había innegables huellas de carencia de todo.

Luego, Moller y la señora Lindell quedaron un momento a solas; y la pobre madre lamentóse de la suerte de sus hijos:

—Mira, mira el palacio que habitan mis hijos! ¡Oh! Ciegos habían de ser mis ojos y aun mi alma por haber aceptado sus in-

mensos sacrificios... Yo podía tener criada, nada me faltaba... y ellos padecían hambre y frío... ¡Por qué permitió Dios que recobrara la vista?... Me falta ahora valor para decirles que veo.

Moller, compasivo, pronunció, emocionado:

—Yo no puedo contestarle más que esto: Feliz la madre que tiene tales hijos.

**

Jack estuvo esperando a Margarita con Bill, para exigirle su complicidad en un asunto que se proponían llevar a cabo sin tardanza.

—Debes ayudarme en un asunto muy importante... Mañana entrarás de camarera en una casa muy rica. Bill hace el papel de criado allí... y él te dirá lo que hay que hacer.

Margarita no necesitaba saber más para

comprender que se trataba de un robo en preparación, y protestó, airada:

—¡No! ¡No! ¡Eso, nunca!

—Está bien... Entonces informaré a la policía sobre el robo de Selfridge...

—¡No, por Dios, Jack!

—Así, cuento contigo, ¿verdad?

—No podré... no podré, Jack.

—Mañana iremos Bill y yo por ti; ¿estamos?

Y Margarita, ligada a Jack por un terrible secreto, regresó aquella noche a su casa, con la muerte en el alma.

.....

La señora Lindell empezaba a ver claro en todo lo que ocurría en el hogar de sus hijos. Descubrió el telegrama que Margarita dijera enviado por Enrique, y vió que era el que ella enviara. En una pared vió este cartelito:

Acostarse temprano y temprano levantarse, hacen el hombre sano, rico e inteligente.

No cabía, pues, duda: sus hijos eran unos trabajadores.

Pero ¿dónde estaba Enrique?

Adela había rogado a su marido que, puesto que su madre sabía que él era oculista, procediese a examinar su vista, para ver si era posible devolvérsela.

Flemming se dispuso a complacer a su mujer, y llamó aquella mañana a su madre política.

Esta, temiendo se descubriera su engaño, se entregó a la curación fingiendo no poder siquiera abrir los ojos; pero Fleming logró que los abriera, con unas gotas de colirio, y descubrió entonces, con inenarrable sorpresa, que su madre política, tal como tenía los ojos, debía ver, veía...

—Pero... — dijo mirándola fijamente.

La anciana no pudo disimular más, y confesó la verdad:

—¡Sí! Veo... ¡Lo he visto todo! Pero a ellos no se lo digas... Diles que mi ceguera es incurable...

Y la infeliz mujer se arrodilló a los pies de su yerno, suplicándole que guardase silencio.

—¡Cuánto debe usted sufrir, madre! — murmuró Fleming, abrazando a la desventurada.

—Por eso quiero evitar que mis hijos sufren como yo, ¿comprendes?



—Pero a ellos no se lo digas.

—Sí... Callaré... Pero eso es tan doloroso... Moller, que había ido a visitar de nuevo a los Lindell, esperaba impaciente el resultado del examen de Fleming en la vista de la "cie-

ga". ¿Se descubriría la farsa? ¿Qué diría el yerno?

Entretanto, aislado con Margarita, le reveló la existencia de su cariño a través de los años de ausencia. Ella le escuchaba con amor y gratitud, pero algo le decía interiormente que tanta felicidad no era posible para ella.

Moller insistió en contarle su pasión, y preguntó al oído:

—¿Quieres ser mi esposa?

Ella no pudo resistir más, y abandonándose en sus brazos, dejóse besar y también besó.

Pero en aquel momento oyóse un estridente silbido. Lo lanzó Jack desde la calle, en la que estaba esperando a Margarita con Bill.

La sin ventura separóse aterrada de Moller, diciéndole que no era digna de él, y salió al pasillo de la escalera, para contener a Jack y Bill si se atrevieran a subir hasta su casa.

Moller, desconcertado por aquella rápida huída, esperó en el interior del piso, y como Jack subió a amenazar a Margarita, ésta pudo hablar con el miserable sin que se enterara el capitán.

—¿Vienes? — le dijo Jack.

—¡No! — contestó ella.

—Pues bien: si antes de las cinco no te has presentado a ocupar tu plaza de camarera, la policía sabrá quién es el que cometió el delito por el cual tu hermano se encuentra en la cárcel.

Moller salió al pasillo en tal instante, y Jack fingió haber ido a ver a Margarita por un asunto sin importancia, despidiéndose de ella apenas se presentó aquél.

Margarita, temiendo que Jack la perjudicase, decidióse a entrar de camarera en la casa donde servía Bill, y encargó a su hermana que buscara un pretexto para justificar a su madre una ausencia de dos o tres días.

La casualidad quiso que la casa que Bill y Jack se proponían robar fuese la de la señora Kennen, la ex artista de variétés que tan buenas migas hiciera con la señora a bordo del barco mandado por Moller.

Y la casualidad también quiso que Moller fuese a visitar a la señora Kennen y viese a Margarita convertida en doncella.

Tentado estuvo de preguntar por ella a la dueña de la casa, pero calló, considerando que la amada mujer había ocultado a todos su nueva condición de criada para ganarse la vida.

Lejos estaba de suponer por qué motivo estaba allí. Y Margarita, al verle, hizo cuanto le fué posible para pasar inadvertida.

Moller y la señora Kennen hablaron de la señora Lindell, y enterada la ex artista de nobles sentimientos, de la triste situación de los hijos de su compañera de viaje, pensó que ella, rica como era, podía hacer algo en su favor.

Iría a visitarla aquella misma tarde.

**

La "ciega", no pudiendo resistir más su angustia ante la falta de noticias de Enrique, se empeñó en verle, fuese como fuese, y Adela y Juan no pudieron negarse a complacerla. Como ellos se figuraban que su madre no veía, no temían que la infeliz descubriese la verdad.

Tomaron un taxi, y poco después se halla-

ron en la cárcel, donde Enrique estaba encerrado.

La madre, que lo veía todo, tembló de pies a cabeza al comprender...



...y poco después se hallaron en la cárcel...

¿Por qué estaba preso su amado Enrique? ¿Qué delito había cometido? ¿Era posible que aquella oveja se hubiese escarrido?

Como estaba absolutamente prohibido hablar a los presos sino tras de la reja, Adela y Juan hubieron de suplicar al director de la cárcel

que le fuera permitido a su pobre madre ciega el hablar con Enrique sin trabas, para que no sospechase nada.

La petición les fué concedida, y al poco rato la madre sufría el dolor más grande del mundo al ver aparecer a Enrique vestido de presidiario sin que pudiera, por su fingida ceguera, arrojarse a sus brazos.

Enrique quedó también inmóvil por la emoción, y Juan, para evitar la revelación de la verdad, acercóse a su hermano, quitóle el casquete y le dijo:

—Mamá sigue creyendo que eres un rico hacendado. Disimula.

Madre e hijo se abrazaron con frenesí, arrancando tal escena lágrimas de todos los ojos.

Sobreponiéndose a su emoción, Enrique pudo decir:

—Perdona que te reciba así, con el traje de... trabajo...

—Es igual, hijo mío... Me basta abrazarte...

—Pronto, muy pronto, vendré a reunirme contigo... y no nos dejaremos más...

La madre no pudo seguir hablando. Raudales de lágrimas brotaban de sus ojos.

—¿Por qué lloras, mamá? — dijo Enrique, extrañado.

—Lloro... de alegría, hijo mío.

La visita tocaba a su fin, y la despedida fué dolorosísima para todos, pero en particular para la madre, que no podía vaciar, sin comprometerse, la pena que la embargaba.

**

Margarita se negaba a entregar las llaves de la caja de la señora Kennen, que estaba ausente así como su marido, a Bill. Este abrió la puerta a Jack, que esperaba en la calle, y gracias a la amenaza de éste de llamar a la policía entregó Margarita las llaves, pero arrepintiéndose bruscamente de su acción, no importándole la amenaza de Jack, telefoneó a la policía para prevenirla del robo, pero los ladrones la derribaron al suelo, antes que ella hubiese conseguido dar todos

los detalles al agente de la comisaría que se puso al aparato, el cual sólo pudo oír gritos de ¡Socorro! ¡Socorro!

De regreso al mísero hogar de sus hijos, la señora Lindell permanecía silenciosa sentada en una silla, como si no fuera de este mundo.

Adela dijo a Juan:

—Hermano... me asaltan unas dudas que me espantan. A veces me ha parecido que mamá lo ve todo.

—¿Es posible?

Alejáronse los dos hermanos, y de pronto oyeron un grito de espanto horrible:

—¡Adela! ¡El niño!

Adela volvióse y vió a su madre correr en dirección a una ventana en el borde de la cual se había encaramado el hijito, corriendo inminente riesgo de caerse al patio, donde acababa de caérsele un muñeco.

La "ciega" llegó a tiempo de salvar a la criatura, y entonces, con indefinible asombro, dijo Adela a su madre, llorando:

—¡Madre mía! ¿Ves?

—Sí... veo; veo y comprendo! — confesó la infeliz.

—¡Perdónanos, madre! Lo hicimos por ti.

Moller, que acababa de llegar con la señora Kennen a la casa, se asoció a la alegría que causó a los hijos la revelación de la curación de su madre, y anunció la visita de aquélla, que aguardaba en el comedor, llenándolo de juguetes para el niño y manjares para los mayores.

Antes de ir a recibir a su amiga, preguntó la señora Lindell a sus hijos:

—Decidme la verdad. ¿Por qué se encuentra Enrique en la cárcel?

Flemming contestó:

—¿Perdonarías a quien hubiese robado para salvar a un inocente? Tu nieto se moría... era necesaria una intervención costosa... nuestra miseria era aún mayor que la que ves... El está en la cárcel, pero el niño se ha salvado.

—¡Que Dios le perdone como le perdonoy! Pero ¿qué es lo que me ocultáis respecto de Margarita?

—Fué ella y no Enrique quien cometió "aquellos". Pero Enrique se declaró culpable. El único que lo sabe y tiene pruebas de ello es un tal Jack, el cual, valiéndose de

su secreto, abusa de nosotros hasta que yo le rompa la cabeza.



—Helo aquí.

Moller, que había estado escuchando, y recordando haber visto a Margarita seguir a Jack y Bill aquella tarde que el primero subió al piso y se marchó al salir él al pa-

sillo, exclamó, descubriendo repentinamente que el criado que había visto en casa de la señora Kennen era el mismo Bill.

—¡Presiento una cosa horrible! ¡Sígame, Flemming!

Los dos hombres salieron velozmente de la casa y dirigiéronse a la de la señora Kennen, en tanto que ésta era recibida en el pobre hogar por la señora Lindell.

Moller y Flemming llegaron a tiempo de impedir la huída a los ladrones, y como la policía acudió tras de ellos, los miserables fueron detenidos y las joyas recuperadas.

Moller socorrió a Margarita, que yacía en el suelo, y cuando se recobró, la alentó a olvidar y a confiar en su amor, que era firme y puro.

**

Unos días después, en casa de la señora Kennen se celebraba una fiesta íntima en honor de la madre Lindell.

No faltaba en ella más que Enrique, pero el capitán Moller leyó ante la alegría general esta carta:

*Censulado de
Dinamarca*

Nueva York

*Sr. Capitán Osvaldo Moller
Presente.*

Muy señor mío:

A petición suya y en consideración al ejemplar comportamiento del preso, le han sido condonados a Enrique Lindell los días que le faltaban para extinguir su pena, a fin de que pueda regresar a Dinamarca en compañía de su madre, el día de la salida del vapor mandado por usted...

—¡Hijo mío! — exclamó la madre.

—Helo aquí — replicó Moller, que desapareció un momento y reapareció con Enrique.

—¡Madre mía! — dijo éste, suplicándole perdón.

La sublime madre le abrió los brazos y el noble joven lloró mucho en ellos.

Y la señora Kennen, abrazada a su marido, como Flemming a Adela y Moller a su futura mujercita Margarita, lloraba y



...y el noble joven lloró mucho en ellos.

reía a un tiempo, emocionada por la patética escena y contenta porque en su casa empezaba la nueva era de felicidad para la familia Lindell.

FIN

Próximo número:

La finísima novela

SUPERRO

por **Julia Faye y José Schildkraut**

Postal-regalo: **Marceline Day**

Pida usted a su librero, antes que se agote,
el formidable asunto

BEN-HUR

por Ramón Novarro y hágase reservar para
fin de mes la gran novela

EL DEMONIO Y LA CARNE

EDICIONES ESPECIALES
de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Último número publicado en la Biblioteca
«Nuestro Corazón»

MUJERES

por Francisco-Mario Bistagne.

El día 30 aparecerá

LECCIONES DE LA VIDA

por Félix Leonnec

Precio: UNA PESETA

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le faltén para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

¡¡NO LO OLVIDE NI LO DEMORE!!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

**Pida
detalles
a**

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA**